

Sherlock Holmes, evocación de la era victoriana

por

Hugo Jose Garavelli

Desde los años de la infancia, experimenté una gran fascinación por las novelas y cuentos de Sherlock Holmes, la gran figura creada por Arturo Conan Doyle, que llegó a sobrepasar la fama de su creador, en una de esos ejemplos que Roland Barthes, autor francés llama de “muerte del autor”.

Londres se presentaba en mi imaginación infantil como una ciudad llena de misterios y fantasmas. Las capacidades de razonador del personaje, la forma en que desentrañaba hechos misteriosos, y desenmascaraba y castigaba a los malvados, no dejaban de admirarme.

En mi juventud fui adquiriendo las novelas y cuentos completos de Sherlock Holmes, en su versión original inglesa, y en ellos siempre sentí la atmósfera no solo del misterio, sino que también, la de los tiempos de Su Majestad la Reina Victoria. Pues el personaje está completamente ligado a esta era. También pero secundariamente, pues sería necesario cruzar al continente, a la “*belle époque*”, pues sus aventuras se pueden fechar, en la ficción entre 1880 y 1902, con una última, “*His last bow*” en 1914, en vísperas del trágico final de ese período.

Muy exclusivamente victoriano e inglés, el ambiente de Holmes no nos presenta un alegre descorchar de botellas de champan, ni un alocado, delirante y escandaloso ritmo de *can can*, con música de Offenbach, inaceptable para las rígidas normas de la moral victoriana, sino que veladas de conciertos y opera en los teatros de Londres, algún ocasional te victoriano, que imaginamos acompañado de deliciosa pastelería, en el cual nuestros ojos admirarán fina porcelana inglesa, en rosa o azul, con hermosas

escenas de caza, o flores diversas, manteles bordados con numerosos volados, hermosas sillas y sillones de los mejores estilos mobiliarios ingleses: Queen Anne, Chippendale, Sheraton, Morris. En los clubes, que se nos presentan a veces como en “*The greek interpreter*”, podemos imaginar a distinguidos caballeros, vestidos de etiqueta, bebiendo alguna copa de Oporto o “sherry”, nuestro Jerez, o “brandy” o sea el coñac español, ocasionalmente, “whisky”, que les sirve un impecable “waiter”, pero no hallamos el champán, lo que no quiere decir que no se bebiese en Inglaterra. Solo que el autor no lo recuerda, aunque en nuestra imaginación, no parece condecir mucho el majestuoso y grave “waiter” que sirve esas bebidas, con la de quien descorche una botella de champán y lo sirva en medio de su alegre burbujear. Quizás el champán no resulte entonces muy victoriano, pese a compartirse las épocas. Hay alguna cena, servida por mucamas que suponemos de uniforme, y abundante servicio doméstico: *butlers, footmen, coachmen, maids* etc... Si se lo lee por quienes hoy deben conocer ese idioma, hoy indispensable, podemos tener un vocabulario completo del diferente personal de servicio que podía tener una familia de clase media, o superior, en la era victoriana. Son fieles a sus amos, advertimos un caso en “*The resident patient*” en que uno parece ser cómplice de un crimen, pero es nuevo en la casa, o bien a su pesar se envuelven en hechos misteriosos, como en “*The hound of Baskerville*” la mejor lograda novela de misterio y aun, de terror, que desde su aparición, ha sido llevada innumerables veces al cine y a la televisión, y seguramente lo seguirá siendo pues ya es un clásico del género, con un suspenso maravillosamente logrado, y una atmósfera cautivante de misterio.

Los servicios públicos son admirables. Los trenes llegan siempre a horario, no hay teléfonos, pero sí correo con telégrafo que llega siempre a tiempo, o bien excelentes servicios de mensajería. Las calles de Londres, solo invitan al misterio, con sus neblinas, apenas perforadas por las luces de los farolitos de gas, y no dejamos de recordar que en la realidad y no en la ficción, un misterioso asesino serial destripó al menos cinco prostitutas en el *West End*, entre agosto y noviembre de 1888: se lo llamó *Jack the Ripper*. Pero,

aunque no se lo cita en estos cuentos, cuando leemos a Sherlock Holmes, nos parece a veces, en un estremecimiento de terror, que allí está acechando una nueva víctima.

No puede recrearse a Sherlock Holmes, fuera de su época como sin embargo lo hicieron en la serie de 14 películas protagonizadas por Basil Rathbone como Holmes y Nigel Bruce como Watson, pues pierde toda su autenticidad, y hasta ese encanto del misterio y del terror. Sherlock Holmes no puede viajar en auto, o en avión, o usar teléfonos celulares. Los policías solo deben hacer sonar sus agudos silbatos y, como estamos en la Inglaterra victoriana, solo pueden tener de arma un bastón.

Y nos parece a veces que por esas calles neblinosas, alumbradas por aquellos farolitos de gas, solo se escuchan, en el silencio de la noche, sus pasos, y que quizás tropiece con el cadáver de una reciente víctima de un misterioso asesinato, y aquí será roto ese silencio por las llamadas de auxilio de su agudo silbato.

Sherlock Holmes es inseparable del sonido del casco de los caballos sobre el pavimento de piedras, de su galope durante la persecución de algún malvado, y de sus relinchos.

En una concesión a un modernismo creciente, viaja en tren, con su locomotora a vapor y sus silbatos, y en los barcos que cruzan el Canal. Cuando he leído alguna obra que intenta crear una atmósfera de misterio en un mundo actual, es difícil recrear ese delicioso misterio, esa extraña delicia de oír, como dijera Sherida Le Fanu en "*Some strange disturbances in Aungier Street*" un relato de lo misterioso y sobrenatural sentados cómodamente frente a un buen fuego, mientras afuera sopla el viento y cae la lluvia. Londres no pudo nunca, en mi imaginación, ser ajeno a todo eso, mientras en la misma época, del otro lado del Canal, París vivía en el desenfreno báquico de la "*belle époque*" con el *can can* y la música de Offenbach, convertida en una ciudad del pecado y la transgresión, inadmisibles para aquella Inglaterra.

Sherlock Holmes pertenece a un mundo de una moral victoriana, de seguridad plena, de estabilidad económica, donde el crimen es castigado y es la excepción, y el respeto a la ley formal, no impide un alto ideal de justicia. Quebrar era una de las peores deshonras,

podía llevar al suicidio. Hoy sabemos, que un buen currículum para determinados funcionarios públicos, es haber tenido varias, pues esa es una muestra de idoneidad.

La ley es para Holmes un auxiliar para que reinen la justicia, la libertad y la seguridad. Holmes es un verdadero héroe que busca casos misteriosos por resolver, siempre tras ese elevado ideal. Trabaja por puro placer intelectual.

La ley entonces no es tan sagrada, que deba cumplirse como parecería creer la actual burocracia, cueste lo que cueste y por su cumplimiento mismo, cualesquiera que sean las consecuencias desfavorables para la sociedad que su aplicación mecánica producirá.

Un cuento, que poco tiene de misterio, pero que es un admirable ejemplo de esto, y que no ha sido convenientemente comentado, es el de Charles Augustus Milverton.

Es necesario para concebir este siniestro personaje, vivir la era victoriana, pues se trata de un chantajista, actividad que hoy no creemos muy posible, dada la nueva forma de la sociedad. Hoy el chantaje mejor parecería ser el que se hace al amparo de la ley y del propio estado, debido a los enormes cambios que esta ha experimentado.

Una cliente, que ha escrito cartas imprudentes a un novio, con el cual luego rompió, y que va a casarse por esos días, se ve a merced del miserable personaje. La desdichada dama recurre a Holmes, y este, trata de llegar a un acuerdo con el siniestro personaje, que pide 7000 libras de entonces, ofreciéndole 2.000, hoy 700.000 y 200.000 dólares, respectivamente. Como la propuesta no es aceptada, y ya tenemos presentada una perfecta representación del villano victoriano, Holmes planea un asalto a la casa del chantajista, donde violará su caja fuerte y rescatará las cartas comprometedoras. Es un grave delito en la Inglaterra victoriana: no tenemos palabras en castellano pero sí en inglés: “*burglary*”, y lo era pues el hogar de un inglés, era sagrado. Cuando tuve ocasión de conocer Londres, y veía esas ventanas tan fáciles de abrir por fuera, pensaba que quizás, esa sociedad creía más que en la protección material de barras, cerrojos y persianas, en la inmaterial de la ley y

de las garantías que toda sociedad debía ofrecer a sus miembros, aunque hoy eso ha desaparecido, y aparentemente también en Inglaterra.

Y así Holmes y Watson que por lealtad a un amigo lo acompañará, en un rasgo positivo de esa moral y esa sociedad, se convierten en “*burglars*” y desafían la ley, pues esta no puede para su criterio moral, proteger a un delincuente contra sus víctimas.

En su incursión, deben esconderse, pues asistirán a una increíble escena. El chantajista se ha levantado, una dama entra a su escritorio. Le recrimina su ruina, y la muerte, por dolor de su esposo. Y sacando un pequeño revolver le dispara cuatro o cinco veces. Han sido los únicos testigos del crimen, una perfecta escena de melodrama. Aprovechan el escaso tiempo que queda para sacar de la caja fajos de cartas, y quemarlas. Nunca mas servirán para el chantaje. Huyen y casi son descubiertos, pero llevan mascarás negras que ocultan sus rostros. Y cuando un policía le relata el crimen a Holmes, este elegantemente se niega a ayudarlo. Sus simpatías están del lado de los criminales, no de la víctima. Y cuando viendo unas fotografías, reconocen a la dama que cometió el crimen, sabemos que jamás será delatada.

Se dice, [Angeli Helen “*Pre-Raphaelite twilight. The story of Charles Augustus Howell*” Scholarly Press, 1971] que Milverton esconde un personaje real, el de Charles Augustus Howell, comerciante de arte pero también, se cree, que chantajista, vinculado con el pintor Dante Gabriel Rosetti, muerto en 1890 en circunstancias misteriosas pues fue hallado degollado cerca de una “public house”. Utilizamos el eufemismo victoriano, degollado y con una moneda de 10 chelines en su boca. Y este relato, se publicó en el “*Collier’s Magazine*” en 1894, y se deduce que relata hechos supuestamente acaecidos en 1899.

El colonialismo está presente en Sherlock Holmes, desde el principio. El relator de casi todos los cuentos, salvo “*The lion’s mane*” y “*The blanched soldier*” que es el mismo Holmes, y en “*His last bow*” donde se recurre al relator omnisciente, es un doctor John Watson que apenas egresado de médico, ingresa en el ejército y es destinado a la India. Allí interviene en una batalla, de

una guerra colonial en Afganistan: los nombres hoy bien conocidos de Peshawar y Kandahar aparecen en su relato.

Watson es entonces un hombre que ha usado el casco de corcho, símbolo del colonialismo. Herido en el omóplato y la clavícula, su brazo queda malparado y lo retiran, pagándosele un retiro militar que no le permite vivir en hoteles. Al buscar un alojamiento, se le presenta a Sherlock Holmes, quien quiere compartir tres habitaciones que ha conseguido en la casa de la señora viuda de Hudson, que vive sola con una mucama, en Baker Street 221 B, número que, desde ya, nunca existió.

Recreamos una casa del Londres victoriano: tienen cuatro plantas: una bajo el nivel de la calle, con la cocina, depósitos y patio trasero, otra a nivel con dos habitaciones, otro con otras dos y un último piso con otras dos. Las dos de abajo, las usará Holmes, y el dormitorio de arriba, Watson, el otro es el dormitorio de la señora de Hudson, y arriba vive la sirvienta. Esa es la disposición que parece surgir de los relatos. Y el colonialismo se va a presentar también en otros relatos, como *“The signal of four”*, *“The blanched soldier”*, *The crooked man*, etc, con una atmósfera histórica, como la famosa rebelión de los cipayos de 1857.

Pero Sherlock Holmes tiene varios hechos desfavorables. En primer lugar, su excesiva afición al tabaco. A mí me resultaría aquí insoportable la era victoriana, pese a mi melancólica evocación de sus valores. Y si nos atenemos a *“The signal of four”*, Holmes es un perfecto adicto a la cocaína. No creo exista en la literatura de fines del siglo XIX una descripción mas perfecta y realista, de un cocainómano inyectándose y entregado totalmente a la “falopa”. En ciertas ocasiones, no parece desdeñar el opio. *“The man with the twisted lip”* nos introduce en un ambiente de alta clase media, en el cual hay un hombre víctima del vicio, que concurre a siniestros fumadores de la droga, con misteriosos y siniestros chinos y malayos. Y allí está Holmes, que investiga un extraño caso.

Sherlock Holmes siempre será una imagen de un mundo que ha pasado, destruido por la guerra de 1914 y su continuación de 1939 a 1945, y las crisis económicas. La inflación se hizo una forma normal y hasta básica para la economía, así desaparecieron la

buena fe, y la confianza, se buscó el litigio interminable para no pagar en tiempo y beneficiarse con ella, la contrapartida fue la indexación demasiado matemática, que al no ser realista, condujo a la usura. La concentración monopólica de los capitales derrumbó a los hombres emprendedores y trabajadores, que eran el símbolo de la clase media victoriana, y que sostenían este mundo, la proletarización avanzó cada vez mas, y pese a que la situación de los proletarios mejoraba, también ciertamente ello parecía ser debido a que día a día mas y mas personas, antes libres de decidir su trabajo y su actividad, dependían de empleos y horarios rígidos y fijos, que a menudo provocaban la imposibilidad de llevar una vida familiar normal El servicio doméstico fue desapareciendo, siendo el poco que quedaba, poco fiable a causa del enorme incremento del crimen, en una etapa comparable a su incremento en la Inglaterra de comienzos de la Revolución Industrial. El estado intervino cada vez mas en la vida privada de todos, y la vida quedó cada vez mas sujeta a su control. El crimen misterioso se hizo tan común, que terminó perdiendo su encanto. El mundo de hoy, no es el de Sherlock Holmes, y su personalidad es incompatible con el mundo que vivimos. Lo leemos, los nostálgicos de un tiempo que pasó, y que desgraciadamente no volverá.

